

UN AMIGO, UN CAMARADA

El pasado 16 de septiembre moría en Madrid Jordi Dauder. Los medios dieron la noticia cumplidamente: se trataba de un actor, de un personaje de la farándula que había participado en numerosas películas. Pocos señalaban que, con su desaparición, nos dejaba también un revolucionario, un rojo, un bolchevique.

Su carrera como actor empezó tarde. Si no recuerdo mal, debutó en el Teatro Municipal de Sabadell con una obra de Sanchis Sinisterra, *El gran teatro natural de Oklahoma*, basada en textos de Kafka, en 1982. Para entonces, Jordi era ya cuarentón, y no creo que pensara que el futuro le deparara ser un conocido actor de cine y televisión (aunque era ya un magnífico actor de doblaje).

Cuando le conocí vendía libros en la librería trotskista *Leviatán*, en Barcelona. La librería estaba muy cerca de la redacción de *El Viejo Topo*. La revista necesitaba un contable, y Jordi se presentó asegurando que lo era. Ahí se revelaba su talento natural, el que le llevaría a la profesión de actor: no tenía ni idea de contabilidad. A pesar de ello, su aportación a la revista y luego, cuando yo la abandoné para dirigir la revista literaria *Quimera*, a esta última, fue extraordinaria, infinitamente superior a la que hubiera podido proporcionar un contable.

Por entonces, Jordi contaba historias extraordinarias, que después se revelaban ciertas. Había asistido en París a cursos para revolucionarios en los que aprendió el “oficio” de falsificador. Participó en la creación de la Liga Comunista Revolucionaria. Trató a innumerables intelectuales y artistas de primerísimo nivel. Incluso estuvo a punto de formar parte de un grupo que tanteaba la posibilidad de echarse al monte, pero no llegaron las armas. Con la Transición, como tantos otros, “picó” con el PSOE, y aceptó un carguillo en Valladolid. La ilusión le duró poco: acabó cuando, con otros rojos desencantados, ocupó las oficinas en las que desempeñaba sus labores como protesta por las políticas que el PSOE empezaba a aplicar.

La fama le llegó con un culebrón televisivo en la tele catalana, inspirado en la serie estadounidense “Dallas”. El culebrón tenía un personaje que le venía que ni pintado, un auténtico cabrón (él mismo, que era una gran persona, solía decir que los papeles que le venían mejor eran los de hijo de puta o similares), y era difícil dar un paseo o comer en un restaurante sin que se precipitara alguien sobre él para pedirle un autógrafo. Fue por



entonces cuando publicó su novela *El estupor*, de prosa rigurosa y compleja, que dejaba estupefactas a sus fans, que esperaban sin duda algo más ligero.

Y fue también por entonces cuando pensé en recuperar *El Viejo Topo*, que se había cerrado en 1982 bajo la dirección de Pep Subirós. La reacción de Jordi fue instantánea y entusiasmante. Sin su ayuda es probable que la revista no hubiera conocido su segunda vida.

Hace unos años le diagnosticaron un cáncer de próstata. Pareció superarlo, pero las células malignas, agazapadas, prosiguieron secretamente su trabajo. Viajaron, se extendieron. Hasta secar ese torrente vital que fue Jordi.

Con su desaparición yo he perdido a un amigo y un camarada. Y todos hemos perdido a un tipo excepcional. Pero, si existe otra vida, que tiemble el cielo, porque allí seguirá luchando Jordi contra la injusticia.

Miguel Riera Montesinos